

palco. Al salir del teatro, encargó que al día siguiente le tuviera dispuesto el coche para las ocho de la mañana.

A las ocho y media se hallaba ya en el muelle Conti, después de haber pasado la calle de Mail. Era imposible que el coche entrara en el estrecho callejón de Nevers; pero como Schmuke vivía en la casa de la esquina, que daba al muelle, la condesa no tuvo más que saltar á los dinteles, sin necesidad de andar por el lodo, penetrando en un casucho viejo y negro con algunos sostenes de hierro como la garita de un portero y amenazando ruina con grave riesgo de los transeuntes. El anciano maestro de capilla vivía en el cuarto piso, desde donde gozaba de magníficas vistas al Sena, abarcando desde el Puente Nuevo hasta la colina Chaillot. Tan sorprendido quedó al anunciarle el portero la visita de su antigua discípula, que ni siquiera atinó á salir á recibirla. Nunca hubiera sospechado la condesa la existencia, que al penetrar en aquella vivienda, se desplegaba de repente ante sus ojos, aun cuando estuviese enterada desde mucho tiempo antes del profundo desdén que tenía Schmuke por su traje y por las demás cosas del mundo en general. ¿Quién hubiera creído en semejante descuido y abandono? Schmuke era un Diógenes músico y estaba tan acostumbrado á aquel desorden, y le daba al mismo tiempo tan poco rubor, que lo habría negado, de habérselo advertido. El uso constante de una gruesa pipa alemana había acabado por dar al techo y á las paredes, cubiertas de sucio papel hecho girones á trechos por las uñas de un gato, un tinte rubio, que recordaba las doradas mieses de Ceres. El gato adornado de reluciente y atigrado pelo, tenía trazas de ser la señora de la casa por lo grave y tranquilo de su continente; y desde lo alto de un piano de Viena en que estaba magistralmente posado, lanzó sobre la condesa, apenas ésta entró en la estancia, una mirada fría y melosa, como hubiera podido hacerlo una mujer orgullosa de su hermosura, y, sin menearse, limitóse á agitar débilmente las plateadas hebras de sus rígidos bigotes, fijando sobre Schmuke sus dorados ojos. El piano caduco, de buena madera, pintada de negro y oro, sucio, desbarnizado y desconchado, tenía las teclas gastadas como la dentadura de un viejo rocín, y amarillentas por el humo que salía de la pipa del alemán. El pavimento, lleno de barro ya seco, pedazos de papel, ceniza y toda clase de basura difícil de detallar, parecía el de una escuela que no ha sido barrida en quince días. Unos ojos más expertos que los de la condesa habrían adivinado

varios detalles de la vida de Schmuke en algunas cáscaras de huevo, mondaduras de castañas y manzanas, y restos de platos rotos, cubiertos de esa salsa alemana llamada *sauvecrout*. Este detritus alemán formaba una alfombra de polvorosas inmundicias que crujía á cada pisada y se unía á un montón de cenizas que rebosaba de una chimenea de piedra pintada, en la que dos tizones aparentaban estarse consumiendo. Sobre la chimenea aparecía un espejo, que tenía la virtud de reproducir la imagen del que se miraba, bailando la zarabanda; á un lado del mismo la pipa, gloriosamente colgada, y al otro un pote chinesco en el que guardaba su tabaco. Esto y dos sillones comprados de lance, un catre hundido próximo á la ruina y una cómoda grasiénta y sin mármol, encima de la cual se hallaban los restos de un frugal almuerzo, componían el ajuar de la casa, mucho más sencillo que el de un *whigam* de mohicanos. Un pequeño espejo que pendía de la ventana desprovista de cortinas, con un trapo al lado para la limpieza de la navaja, indicaban los sacrificios que hacía Schmuke á las gracias y al mundo. El gato, ser débil y amparado, se trataba mejor, pues disponía de un viejo almohadón de poltrona y de una taza y un plato de porcelana blanca. Pero lo que de ningún modo puede describirse es el estado en que Schmuke, el gato y la pipa habían dejado los muebles; aquí y allí, en la mesa, veíanse gruesas quemaduras producidas por la pipa, y el gato y la cabeza de Schmuke habían dejado sobre el terciopelo de Utrecht de los dos sillones una capa de grasa, que había acabado por matizarlo. Sin la espléndida cola del gato, que hacía en parte la limpieza de la vivienda, nunca hubiera habido quien quitara el polvo á la cómoda y al piano. En un rincón se veían un par de zapatos, dignos de la trompa épica, y encima del piano y de la cómoda un montón de libros de música, con pasta desgarrada y gastada en los ángulos, por los cuales mostraba el cartón sus infinitas hojas. Por las paredes estaban pegadas con obleas las direcciones de sus discípulos, y las obleas sin papel indicaban las lecciones que había perdido. En el empapelado podían leerse infinidad de cálculos, escritos con lápiz. Encima de la cómoda había además multitud de vasos de cerveza, vaciados el día antes, contrastando por su brillantez con aquel cúmulo de antigüedades y papelotes. En representación de la higiene veíase una vasija de agua, que tenía una toalla encima y un trozo de jabón ordinario, blanco y jaspeado de azul. Dos sombreros, á cual más

viejos, colgaban de una percha y rivalizaban entre sí al lado del *carrick* azul de triple cuello, que la condesa le había visto siempre. En la ventana había tres macetas de flores, alemanas sin duda, y un poco más allá una vara de acebo. Aunque la vista y el olfato de la condesa se sintieran impresionados desagradablemente ante aquel espectáculo, la sonrisa y la dulce mirada del viejo profesor eclipsaron tanta miseria, como los rayos del sol, reflejándose sobre los rubios lindes del techo y paredes, hacían resplandecer y daban vida á aquel caos. El alma de este hombre divino que tantas cosas divinas revelaba, brillaba como el sol; y sus sonrisas francas é ingenuas al ver en su presencia á una de sus santas Cecílias, respiraban todo el brillo de la juventud, la dicha y la inocencia. Vertió los tesoros más gratos al hombre, y se veló con un manto que puso á cubierto su pobreza, de tal modo, que sólo un advenedizo podía encontrar innoble el cuadro en que se agitaba aquel magnífico apóstol de la religión musical.

—¿A qué *avortunata* casualidad debo la visita de la señora condesa?—le dijo con su acostumbrada jerga.—¿Querrá que ejecute el cántico de Zimión?—exclamó en un acceso de risa inmoderada.—¿Estoy en buena posición?—repuso con finura. Y riendo como un niño prosiguió:—Supongo que vendrá usted por la música y no por el hombre. Ya lo sé—añadió con melancolía;—pero venga usted por lo que quiera, suya es esta casa y mi persona en cuerpo y alma.

Y cogiendo la mano de la condesa dejó caer en ella una lágrima y un beso; pues hay hombres que viven siempre al día siguiente de hacerles un favor. Y como si el alborozo hubiera embargado sus recuerdos, al reaparecer éstos con todo su vigor, cogió el lápiz, saltó sobre el sillón más próximo al piano, y con la rapidez de un joven trazó en la pared en gruesos caracteres: 17 FEBRERO 1835, realizando este movimiento con una furia tal de reconocimiento, que la condesa se sintió conmovida.

—Vendrá mi hermana—le dijo.

—¿Cómo? ¿la otra también? ¿cuándo vendrá? ¿cuándo? A lo menos que no espere á que me hayan enterrado.

—Vendrá á darle las gracias por un gran favor que yo me he encargado de pedir á usted.

—Pronto, pronto,—exclamó Schmuke—¿qué quiere de mí? ¿Quiere que me dé al diablo?

—No pide más sino que ponga usted: *Aceptado por la suma*

*de diez mil francos*, al pie de estos papeles—dijo la condesa, sacando del manguito los cuatro pagarés redactados por Raúl.

—Esto si que me ha de costar muy poco—respondió el alemán con la mansedumbre de un cordero—sólo que no sé dónde paran el tintero y las plumas. ¡Fuera de ahí *mein herr Mirr!*—gritó encarándose con el gato, que le dirigió una mirada fría.—Es mi gato—dijo á la condesa.—El pobrecito no quiere abandonar al infeliz Schmuke.

El gato, que ocultaba el tintero, adivinando que su dueño lo andaba buscando, saltó de un brinco sobre el lecho.

—Es más inteligente que un mono—repuso haciendo notar la maniobra del animalito.—Yo le llamo *Mirr* en recuerdo de nuestro gran Hoffmán de Berlín, á quien quiero mucho.

El buen hombre iba firmando, con la inocente obediencia de un niño que ejecuta lo que su madre le ordena sin reflexionarlo, seguro, empero, de obrar bien. Parecía que se preocupaba más bien de hacer la presentación del gato á la condesa, que de aquellos papeles, á pesar de que su libertad perpetua, á tenor de las leyes referentes á los extranjeros, dependía de los mismos.

—¿Usted me asegura que desde luego estos papeles...?

—No se inquiete usted por ello—dijo la condesa.

—No, no es eso; quiero decir si me asegura usted que estos papeles serán del gusto de la señora de Tillet.

—¡Oh, sí! Se lo agradecerá como á un padre.

—Es que no tengo mayor alegría que poder serle útil en algo... Y ahora oirá usted un poco de música—dijo dejando los papeles y corriendo al piano.

Ya galopaban sobre las teclas del piano los dedos de aquel ángel, ya sus miradas, atravesando el techo, se explayaban por los celestes espacios, ya la melodía más deliciosa florecía en el aire y penetraba en el alma; sin embargo la condesa, á diferencia de la santa Cecilia de Rafael hechizando á un coro angelical, no permitió que aquel ingenuo intérprete de las cosas celestiales hiciera hablar á las cuerdas más tiempo que el necesario para que se secaran las firmas de los pagarés, pues una vez los hubo metido de nuevo en su manguito, se levantó, sacando á su extasiado maestro de los etéreos espacios por donde se cernía.

—Mi buen Schmuke...—le dijo dándole un golpecito en el hombro.

—¿Se va usted ya?—exclamó éste con triste sumisión.—Entonces, ¿para qué ha venido usted?

Y sin murmurar siquiera, púsose atento cual un perro fiel para oír á la condesa.

—Mi buen Schmuke—dijo ésta,—trátase aquí de una cuestión de vida ó muerte; los minutos pueden ahorrar sangre y lágrimas.

—¡Siempre la misma!—repuso el viejo profesor.—¡Vaya usted, pues, á secar el llanto del prójimo, ya que el viejo Schmuke no podría retenerla!

—Ya volveremos á vernos—dijo la condesa;—todos los domingos le espero en casa á comer y á tocar; si no acepta usted, me enfadaré.

—¿De veras?

—Se lo suplico; mi hermana le señalará otro día de la semana.

—Mi dicha será completa, pues sólo en los Campos Elíseos podía verlas á ustedes muy de tarde en tarde, y aun en coche.

Ante la idea de verla cada domingo, secáronse las lágrimas que amenazaban brotar de sus ojos, y ofreciendo el brazo á su hermosa discípula, ésta pudo sentir perfectamente los fuertes latidos de su corazón.

—¿Tanto piensa usted en nosotras?—le preguntó.

—Siempre, al comer mi pan; en primer lugar porque son mis bienhechoras, y en segundo término por ser las jóvenes más dignas de estimación que he visto en mi vida.

La condesa se quedó sin saber qué contestar á una frase como esta, tan llena de respetuosa, fiel y religiosa solemnidad. Aquel cuarto sucio y desordenado era el templo de dos divinidades. El sentimiento crecía allí á todas horas sin que lo supiesen los que lo inspiraban.

—El pobre nos ama más que á sí mismo—pensó la condesa.

Al subir al carruaje, y viendo la emoción de Schmuke, no menos conmovida le dirigió con la punta de los dedos uno de esos besos que desde lejos se envían las mujeres al saludarse. Schmuke permaneció estático hasta que el carruaje hubo desaparecido. Algunos instantes después, la condesa entraba en el patio del palacio de la señora de Nucingen. La baronesa no estaba levantada, empero para no hacer aguardar á una señora de tan alto rango, se puso un chal y un peñador.

—Se trata de una buena acción, señora—dijo la condesa,—

y en este caso la presteza se hace necesaria. A no ser por esto, no hubiera venido á molestarla á usted tan temprano.

—Nada de eso—repuso la mujer del banquero tomando los cuatro pagarés y la garantía de la condesa;—antes al contrario, me considero muy feliz con su visita.

Y llamando á su camarera le dijo:

—Teresa, dígame usted al cajero que suba al instante, él mismo, cuarenta mil francos.

Después guardó en un secreter el escrito de la señora de Vandenesse, poniéndolo previamente dentro de un sobre.

—Tiene usted un cuarto delicioso—dijo la condesa.

—El señor de Nucingen va á privarme de él ahora, porque ha mandado construir una nueva casa.

—Comprendo; acaso se lo ceda usted á su señora hija, cuando se case con el señor de Rastignac.

El cajero se presentó en el momento en que la baronesa iba á responder. Entonces ésta tomó los billetes y le entregó los cuatro pagarés.

—Esto constará en el balance—dijo la señora de Nucingen al cajero.

—Salvo el descuento—contestó el cajero.—Este Schmuke es un músico—añadió al ver la firma, haciendo de este modo temblar á la condesa.

—¿Se lo he preguntado á usted acaso?—dijo la señora de Nucingen al par que dirigía al cajero una mirada altanera.—Eso sólo me importa á mí.

En vano examinó el cajero los rostros de la condesa y de la baronesa, pues los encontró inmóviles.

—Puede usted retirarse—dijo al cajero.

Y una vez que éste hubo desaparecido, se dirigió á la señora de Vandenesse en estos términos:

—Tenga usted la bondad de permanecer aquí algunos momentos á fin de hacerles creer que no tiene usted nada que ver en esta operación.

—Al favor que me ha hecho usted añadiría uno nuevo, si me guardase el secreto—dijo la condesa.

—Desde luego, señora mía, y con mayor motivo tratándose de una buena acción. Voy á mandar que lleven su coche al extremo del jardín, yo la acompañaré á usted hasta él, y como nadie la verá salir, esto quedará completamente ignorado.

—Señora, tiene usted la amabilidad de todas las personas que han sufrido—repuso la condesa.

—No sé si tengo la amabilidad, pero sí sé que he sufrido mucho—dijo la baronesa.

Dadas las órdenes convenientes, la baronesa se puso unas zapatillas gruesas, se abrigó con un ropón y condujo á la condesa á la puertecita falsa de su jardín.

Cuando un hombre ha urdido un plan como el que tramaba de Tillet contra Raúl, no suele confiarlo á nadie. Nucingen había averiguado algo; pero su esposa ignoraba por completo sus cábalas maquiavélicas. No obstante, la baronesa, que conocía los apuros de Raúl, no era, como alguien podría figurarse, juguete de las dos hermanas, y si bien adivinaba las manos adonde irían á parar aquellas sumas, se daba por feliz con poder prestar un favor á la condesa y satisfacer el sentimiento de compasión que tales lances le inspiraban. Rastignac, encargado de vigilar las maniobras de ambos banqueros, fué á almorzar un día con la señora de Nucingen, y como Delfina y Rastignac no tenían secretos entre sí, aquella le refirió el acto de la condesa, y éste á su vez, incapaz de concebir que la baronesa se mezclara á sabiendas en este asunto, se lo reveló con todos sus incidentes. Tal vez Delfina había derrumbado, sin saberlo, las esperanzas electorales de de Tillet, inutilizando la táctica y sacrificios de un año entero. Rastignac le recomendó especialmente que á nadie del mundo confiase la falta que acababa de cometer.

—¡Mientras el cajero no se lo diga á Nucingen!—observó la baronesa.

Acababa de almorzar de Tillet, cuando á eso de las doce del día le anunciaron la visita del señor Gigonnet.

—Que entre—dijo el banquero á pesar de que su esposa no había abandonado la mesa todavía.—¿Cómo vamos, viejo Shylock? Supongo que nuestro hombre estará á buen recaudo.

—No.

—¿Cómo? ¿No di á usted nota de su paradero, calle de Mail, fonda...?

—Ha pagado—exclamó Gigonnet sacando de la cartera cuarenta billetes de banco.

De Tillet hizo un gesto de despecho.

—Al dinero nunca se le debe recibir con disgusto—dijo el impasible compadre de de Tillet,—pues es señal de mal agüero.

—Señora, ¿de dónde ha salido este dinero?—preguntó el

banquero á su esposa, mirándola de un modo que la sonrojó hasta en el blanco de los ojos.

—Y ¿qué significa esta pregunta?—dijo María Eugenia.

—Yo he de averiguar este misterio—exclamó de Tillet, levantándose lleno de furia.—Ha derribado usted mis proyectos más caros.

—Cuidado, que se le va á caer el almuerzo—dijo Gigonnet, cogiendo el mantel arrastrado por los faldones de la levita de de Tillet.

La señora de Tillet se levantó con fría majestad, tiró de la campanilla, y apareció el ayuda de cámara.

—Que enganchen el coche inmediatamente, y advierta usted á Virginia que deseo vestirme—dijo María Eugenia.

—¿Adónde va usted?—preguntó el banquero.

—Los maridos bien educados no dirigen tales preguntas á sus esposas—respondió ella,—y recuerde usted que tiene pretensiones de portarse como un cumplido caballero.

—Dos días de roce con su impertinente hermana la han vuelto á usted desconocida.

—Como me estimuló usted á que la imitara, en usted quiero ensayarme—repuso ella.

—Servidor de usted, señora—dijo retirándose Gigonnet, poco amante de estas disensiones domésticas.

De Tillet contempló á su esposa de hito en hito, y ésta sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Qué significa todo esto?—le preguntó de Tillet.

—Que ya no soy una chiquilla á quien pueda usted amedrentar—repuso ella.—Mientras viva me portaré como buena y leal esposa; sea usted, si quiere, mi dueño; mi tirano, nunca.

El banquero salió del comedor, y María Eugenia, después de este supremo esfuerzo, entró en su cuarto llena de abatimiento.

—Si no mediara un peligro para mi querida hermana—se decía ella,—nunca me hubiera atrevido á hacerle cara de este modo; bien dice el refrán: «No hay mal que por bien no venga.»

Ya durante la pasada noche la señora de Tillet había recapacitado las confidencias de su hermana, y al recordar la terrible energía con que le confesó hallarse dispuesta á fugarse con Nathán para consolarlo de su desastre, si ella no ponía remedio al mismo, comprendió que un hombre de esta naturaleza podría, por exceso de amor ó de reconocimiento, inspirarla

una locura semejante. Entre las clases más elevadas abundaban recientes ejemplos de fugas de esta especie, en las que se pagan los placeres inciertos con crueles remordimientos y con la pérdida de toda consideración social; y Eugenia se espantó ante tan terribles resultados. Las palabras de su marido acababan de elevar al colmo este terror; desde entonces creyó que iba á descubrirse todo; vió la firma de la condesa de Vandenesse en la cartera de la casa Nucingen, y decidióse á ir á suplicar á su hermana que se lo confesase todo al conde Félix. La condesa no estaba en casa, Félix sí, y una voz secreta le inspiró la decisión de salvarla. Un día más y tal vez no llegaría á tiempo. Grave era la responsabilidad que iba á contraer; pero resolvió contarle todo al conde. ¿No podría de este modo pedirle que fuera indulgente, con mayor motivo quedando, como quedaba, su honor á salvo? De fijo vería en la condesa á un ser más bien extraviado que pervertido. Hubo un momento en que tuvo miedo de que la tacharan de cobarde, revelando secretos que la sociedad está acorde en guardar; pero al considerar el porvenir que aguardaba á su hermana, al pensar que un día quizá la viera abandonada y arruinada por Nathán, pobre y doliente, desgraciada y desesperada, no vaciló un solo instante é hizo rogar al conde que la recibiera. Admirado Félix de esta visita, tuvo con su cuñada una larga conferencia, en el transcurso de la cual mostróse aquél tan lleno de alma y dueño de sí mismo, que Eugenia tembló, temerosa de verle tomar alguna resolución violenta.

—Tranquilícese—le dijo Vandenesse;—prometo á usted portarme de modo que llegará un día en que la condesa le bendecirá. Por más que comprendo la repugnancia de usted, hágame el obsequio de no enterarla de nuestra entrevista, hasta que hayan pasado algunos días. Los necesito para poner en claro ciertos misterios que difícilmente percibe usted, y principalmente para obrar con toda prudencia. Tal vez me bastará un momento. De todos modos, hermana mía, yo soy el único culpable. El amante acecha siempre una ocasión propicia, y no todas las mujeres tienen la fortuna de ver la vida tal cual es en sí.

La señora de Tillet se despidió del conde completamente tranquilizada. Félix de Vandenesse se fué al Banco de Francia, tomó cuarenta mil francos, y de allí pasó á casa de la señora de Nucingen; y después de darle las gracias por la confianza que había dispensado á la condesa, le devolvió el di-

nero. El conde explicó el misterioso préstamo como un loco deseo de socorrer al prójimo por parte de su esposa, al cual él había tratado de poner un límite.

—Supuesto que la condesa se lo habrá confesado todo á usted, no son menester explicaciones—dijo la baronesa.

—Lo sabe todo—pensó Vandenesse.

La señora de Nucingen hizo entrega á Félix de la carta de fianzamiento y envió por los cuatro pagarés. El conde, entre tanto, la examinó con una de esas miradas llenas de perspicacia tan propias de los hombres de Estado, y juzgando propicio el momento para entablar una negociación, le dijo:

—Señora, vivimos en unos tiempos en que todo es pasajero y deleznable. Aquí en Francia, los tronos se levantan y derrumban con una rapidez vertiginosa. Quince años son suficiente tiempo para dar al traste con un gran imperio, una monarquía y una revolución; nadie, pues, se halla en el caso de responder del día de mañana. Conocida debe serle á usted mi adhesión á la legitimidad, y lo que voy á proponerla no tiene nada de extraordinario en mi boca. Supongamos que venga un cambio de cosas ¿le gustaría á usted contar con un amigo en el partido triunfante?

—Indudablemente—dijo la baronesa sonriendo.

—Pues bien, ¿quisiera usted que, para cuando sobrevenga este caso, me obligue yo secretamente á mantener las pretensiones de su esposo á la dignidad de par de Francia?

—¿Qué desea usted de mí?

—Sólo una cosa; que me explique usted todo cuanto sepa referente á Nathán.

La baronesa le refirió toda la conversación que aquella mañana había tenido con Rastignac; y al hacerle entrega de los cuatro pagarés que le trajo el cajero, dijo á Félix:

—No se olvide usted de lo que acaba de prometerme.

No sólo no olvidó el conde la promesa, sino que la hizo brillar asimismo á los ojos de Rastignac, con el objeto de obtener nuevos pormenores.

Al salir de casa del barón, dictó á un escritor público la siguiente carta para Florina:

*«Si la señorita Florina desea saber el primer papel que le tengo reservado, le ruego se sirva asistir al baile de la Ópera en compañía del señor Nathán.»*

Echada esta carta al buzón, fuese á casa de su agente de negocios, muchacho muy listo y honrado, rogándole que desempeñara el papel de amigo de Schmuke, á quien éste le hubiera confiado la visita de la señora de Vandenesse, sumamente inquieto, aunque demasiado tarde, por haber suscrito tan á la ligera los cuatro pagarés, y pidiendo al señor Nathán un documento que le sirviera de contra-valor. Esto era jugar el todo por el todo. Nathán podía haber sabido ya la manera cómo se habían arreglado las cosas, pero era preciso aventurar algo para ganar mucho. ¿No era natural que María, llena de turbación, se hubiese olvidado el requisito de pedir á Raúl un título en favor de Schmuke? El agente fuese al instante á la redacción, de donde volvió, á las cinco horas, triunfante á casa del conde, con un contra-valor de cuarenta mil francos. La conversación con Nathán le dió pretexto para fingirse enviado de la condesa desde las primeras palabras.

Este triunfo ponía á Félix en el caso de evitar que su esposa se viera con Nathán hasta el momento del baile, adonde decidió llevarla, para que se convenciera por sus propios ojos de las relaciones que mediaban entre Nathán y Florina. Conociendo la celosa altivez de la condesa, propúsose hacerla renunciar por sí misma á su amor, sin necesidad de que se sonrojara en su presencia, y mostrarla en tiempo oportuno sus cartas dirigidas á Nathán, vendidas por la actriz, de cuyas manos creía fácil poder rescatarlas. Este plan tan acertado como rápidamente concebido, debía fallar por uno de esos caprichos de la suerte, que transtornan todas las cosas de este mundo. Al acabar de comer, Félix entabló conversación sobre el baile de la Ópera, y después que María hubo confesado no haber asistido al mismo en su vida, le propuso acompañarla á él al día siguiente.

—Ya miraré de que te diviertas buscando una persona á quien puedas dar un sofocón.

—¡Ay, qué gozo!

—Y como para que la broma sea completa, una mujer debe dirigirse á un hombre de ingenio, á una celebridad, hasta hacerle trinar de rabia, he pensado poner á Nathán á tu disposición. ¿Te gustará? Uno que conoce á Florina, ha prometido enterarme de ciertos secretos, con los cuales acabarás por volverle loco... ya verás...

—Florina, Florina... ¿quién es Florina? ¿la actriz?—preguntó María, que, recordando que un día halló este mismo

nombre en los labios del mozo de redacción, oyólo esta vez como un relámpago que le partiera el alma.

—Sí, hija, la actriz, su querida—repuso el conde.—¿Qué tiene esto de particular?

—Nada; creía al señor Nathán muy ocupado, y me parecía imposible que, como á casi todos los periodistas, le quedara tiempo para amar.

—Yo no diré que amen; pero sí que están en el caso de buscar un sitio en donde pasar la noche, como cualquier hijo de vecino; y cuando no tienen domicilio, y se ven acosados por los alguaciles, se hospedan en casa de sus *queridas*, lo cual, aunque te parezca horrible, es siempre mejor que hospedarse en la cárcel.

Una áscua era menos candente que las mejillas de la condesa.

—Vaya, si quieres darle un sofocón yo te aseguro que llegarás á aterrarle—prosiguió el conde sin fijarse en el semblante de su esposa;—yo te daré datos para que puedas probarle, como tres y dos son cinco, que se ha dejado engañar por tu cuñado de Tillet, pues no sé si sabes que este miserable quería hacerle llevar á la cárcel para quitárselo de en medio en las próximas elecciones, á fin de que le quedara así expedito el distrito de Nucingen. Sé además, por boca de un amigo de Florina, la suma que á ésta le produjo la venta de su mobiliario, que le cedió para fundar el periódico; sé la cantidad á que asciende el dinero que le ha enviado desde provincias y Bélgica, dinero que en definitiva aprovecha tan sólo á de Tillet, Nucingen y Massol, pues los tres tienen ya de antemano vendido el periódico al ministerio, seguros como están de acabar con este gran hombre.

—El señor Raúl es incapaz de aceptar dinero de una actriz.

—Claro se ve que no conoces á esta clase de hombres: ¿qué apostamos á que no te negará el hecho?

—Decididamente voy al baile,—dijo la condesa.

—Y yo prometo de nuevo que te divertirás—repuso Vadnesse.—Provista de semejantes armas, podrás torturar su amor propio y al par hacerle un gran favor. Ya le verás enfurecerse y calmarse alternativamente, saltando al toque de tus acerbos epigramas; y así, bromeando, lograrás hacer volver sobre sí á un hombre de talento, señalándole los peligros que le cercan y haciéndole adoptar un término medio provechoso... ¿No me escuchas, querida mía?

—Por el contrario, creo que te escucho demasiado—contestó la condesa.

—Pues bien, sin quitarte nunca el antifaz, yo haré que cemos con Nathán y Florina. ¡Será divertido ver á una dama de tu porte intrigando con una actriz, después de torturar el ingenio de un célebre escritor con tan importantes secretos! ¡Ya verás como los unces al carro de un mismo enredo! Ahora mismo voy á seguir la pista de las infidelidades de Nathán, y si puedo averiguar detalles de alguna reciente aventura, tendrás la dicha de ver de cerca á una cortesana montada en cólera, espectáculo soberbio; pues Florina promete asemejarse, por lo impetuosa, á uno de esos torrentes de los Alpes, constándome, como me consta, que adora extraordinariamente á Nathán; que éste para ella lo es todo, que está unida á él como la uña á la carne y una leona á sus cachorros. Precisamente me acuerdo de una actriz que escribía peor que la peor cocinera, la cual se presentó á reclamar sus cartas á uno de mis amigos de la juventud, y nunca pienso reír más que entonces... Pero ¿qué tienes? ¿No te sientes bien?

—Creo que en la chimenea hay demasiado fuego—dijo la condesa, dejándose caer en un sillón.

De pronto, por uno de esos impulsos difíciles de prever que tienen su origen en la devoradora tortura de los celos, enderezó sobre sus temblorosas piernas, cruzó sus brazos y se puso delante de su marido.

—¿Qué sabes? dime—le preguntó,—pues no te creo capaz de atormentarme de este modo, sino de aplastarme de un golpe, sin hacerme sufrir en el caso de creerme culpable.

—¿Qué quieres que sepa, María?

—Pues bien, á Nathán...

—A Nathán has creído amarle—repuso el conde,—y te has enamorado de un fantasma, compuesto de palabras...

—¿Cómo has sabido...?

—Lo sé todo.

Esta última palabra cayó sobre la cabeza de María como una pesada maza.

—Si quieres que lo ignore, no sabré nada; pero te veo en el abismo, y me creo en el deber de salvarte; ya he pensado en ello; por ahora, toma.

Y sacando del bolsillo la carta de garantía y los cuatro pagarés de Schmuke, que la condesa reconoció, los echó al fuego.

—¿Qué hubiera sido de ti, pobre María, de aquí á tres meses?

Los alguaciles te hubieran llevado á los tribunales. No bajas la cabeza, no te avergüences; después de todo, sólo has sido una víctima de los más hermosos sentimientos enamorádote de la poesía y no del hombre. Todas las mujeres, todas, ¿oyes María? todas hubieran sido seducidas en tu caso, y sería lo más absurdo que nosotros, que gastamos veinte años haciendo tonterías, no toleráramos que fueseis imprudentes una vez en la vida. ¡Libreme Dios de erguirme triunfante sobre ti y de aplastarte bajo el peso de una conmiseración que días atrás tan fieramente rechazabas. Tal vez aquel infeliz te escribía con sinceridad, te asesinaba con sinceridad y con la misma sinceridad volvía á casa de Florina al día siguiente. Nosotros, en general, valemos menos que vosotras, y en este momento no hablo por mí sino por ti; pero si yo soy indulgente, no suele serlo la sociedad, que se aparta de la mujer que ha promovido un escándalo, enemiga de que anden juntas una felicidad completa y la consideración pública. ¿Es justo? No podría decírtelo; lo único que sé es que el mundo es muy cruel: helo aquí todo. Tal vez es más envidioso considerado en conjunto que detalladamente, pues he notado que en el teatro un ratero aplaudirá entusiasmado el triunfo de la inocencia, y al salir te robará el reloj. La sociedad se niega á poner un lenitivo á los males que ella misma engendra; concede honores á los engaños y deja sin recompensa los rasgos de obscura abnegación. Trátase aquí de un hombre que se presenta cargado con un fardo de miserias, y no de uno de esos amores santos y sagrados que subyugan nuestra voluntad y justifican nuestros extravíos. Tal vez yo mismo debo culparme de no haber entretenido tu felicidad, poniendo al lado de los tranquilos goces del hogar doméstico variados placeres, viajes, distracciones y demás. Por otra parte, me explico el deseo que te ha impulsado á trabar relaciones con una celebridad, por las seducciones de ciertas mujeres; por algo debían jugar en esto lady Dudley, la señora de Espard, la de Manerville y mi cuñada Emilia. Recuerda que un día te puse en guardia con respecto á ellas; á pesar de ello habrán logrado excitar tu curiosidad para darme un disgusto y desencadenar borrascas sobre tu cabeza sin alcanzarte.

Oyendo estas palabras llenas de bondad, mil contrarios sentimientos torturaron el corazón de la condesa; pero el tacto de Félix aplacó estos huracanes, toda vez que las almas nobles y dignas ceden con facilidad á la delicadeza con que se las maneja. Este tacto es á los sentimientos, lo que la gracia al

cuerpo. María midió toda la grandeza que encierra el acto de postrarse á los pies de una mujer que ha faltado para no verla cómo se sonroja, para evitarla esta humillación, y salió corriendo como una loca para reaparecer al poco rato deseosa de atajar la inquietud que esta ausencia podía causar á su esposo.

—Vuelvo en seguida—dijo al abandonar el aposento.

Félix había preparado hábilmente su trama, y fué al instante recompensada su destreza; porque su mujer reapareció al instante con las cartas de Nathán en la mano y se las entregó.

—Léelas y júzgame—exclamó poniéndose de hinojos.

—¿Por ventura puede juzgarse á una persona cuando se la ama?—contestó Félix arrojando las cartas al fuego, considerando que más tarde su esposa podría no perdonarle el haberlas leído.

María se abrazó á las rodillas del conde y las llenó de lágrimas.

—Y ¿en dónde están las que tú le enviabas?—le dijo haciéndole levantar la cabeza cariñosamente.

Al oír esta pregunta, el insufrible ardor que la condesa sentía en las mejillas tornóse en frío glacial.

—¿Sabes lo que he pensado? Que lo mejor para que no sospeches que yo he calumniado al hombre que creíste digno de ti, es que Florina te las devuelva.

—Y ¿por qué no pedírselas al mismo Raúl?

—¿Y si se niega á devolverlas?

María bajó la cabeza.

—Estoy hastiada del mundo—dijo después de un rato de reflexión;—desde hoy, si me perdonas, viveré á tu lado sin salir de casa.

—No, pues podrías volver á fastidiarte. Y además ¿qué diría la alta sociedad, si tan bruscamente dejabas de frecuentarla? En la primavera viajaremos, iremos á Italia, recorreremos la Europa, y entre tanto aguardaremos á que tengas un hijo más de quien cuidar. En cuanto á mañana, debemos asistir al baile de la Ópera, pues es el único medio de recobrar las cartas sin comprometernos. Florina las soltará, y con esto verás hasta donde llega su poderío.

—Y ¿yo veré esto?

—Sí, mañana por la noche.

Al día siguiente, poco después de las doce de la noche, pa-

seabase Nathán por el salón de descanso del teatro de la Ópera, llevando del brazo á una máscara con aire bastante marital. Había dado dos ó tres vueltas, cuando de pronto se sintió embestido por dos mujeres disfrazadas.

—¡Tonto!—le dijo Vandenesse disfrazado de mujer—María se halla en el baile y te está observando.

—Si quieres oirme—dijo temblando la condesa á la actriz, —te confiaré secretos que Nathán te oculta y que ponen en peligro el amor que le profesas.

Nathán desprendióse bruscamente del brazo de Florina, lanzándose á correr en pos del conde, que se perdió entre la muchedumbre. La actriz, en tanto, se sentó al lado de la condesa, en un banco á que ésta la condujo. Félix se les reunió al poco rato para proteger á su esposa.

—Explicate, querida máscara—dijo Florina,—y no me hagas perder tiempo. Raúl me pertenece ¿lo entiendes? está acostumbrado á ser mío, y la costumbre vale tanto como el amor.

—Ante todo, dime si eres Florina—dijo Vandenesse con voz natural.

—Donosa pregunta. Si no lo sabes ¿cómo quieres que te crea lo que me dices, farsante?

—Vaya, pues, pregúntale á Nathán cuando vuelva de buscar á su querida (de quien deseo hablarte), dónde pasó la noche, hace tres días. Dile que te explique cómo intentó asfixiarse, por no tener un cuarto; luego dirás que le amas, y le dejas sin dinero, y se suicida, es decir, trata de suicidarse, pues en sus tentativas se queda corto. Un suicidio frustrado, amiga mía, es tan ridículo como un duelo sin sangre.

—Es falso—dijo Florina;—aquel día, puesto el sol, comió conmigo, y durante el día estuvo escondido, pues le perseguían.

—Pues para más informes, llégate á la fonda de Mail, en la calle del mismo nombre, y pregunta si por la mañana de aquel día le llevó allí moribundo una hermosa dama, y tal vez llegues á saber que hace un año está en relaciones con ella, si buscas unas cartas de la misma que tienes en tu propia casa, como quien dice, en tus mismas narices. Si deseas darle una leccioncita, vamos por ellas, y de paso te probaré, con los papeles en la mano, que está en ti que lo tomen ó no á pupilaje en cierto edificio de la calle de Clichy, dentro de poco.

—Si quieres divertirme, busca á otras que no se llamen Flo-